



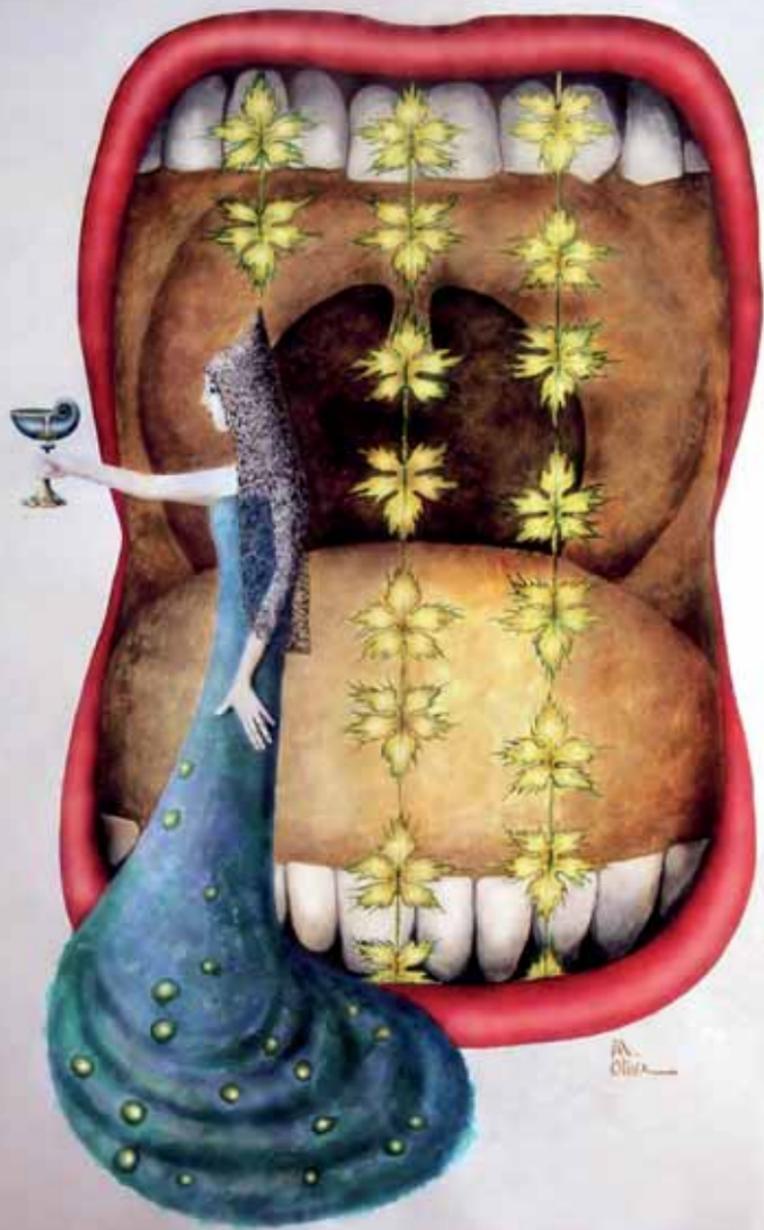
ÍTACA

Mientras no regreses
será la isla más hermosa.
Soñarás con ella mientras navegues,
tu recuerdo dibujará campos
de sándalo, limoneros y naranjos,
arrecifes coronados de columnas
dorias y estatuas de mármol,
fuentes y jardines de jacintos
que urdirá el deseo como un tesoro.
Crearás en la promesa de un hogar,
los libros y la mujer amada
perseverando en la espera...
Pero no vuelvas, no despiertes.
Seguirás viendo la isla
con la luz de los sueños.
Nunca recordarás
que Ítaca es mentira,
un islote pedregoso y estéril
donde nadie te aguarda.
Por eso, ruega a los dioses
que el viaje sea largo y te concedan
la dicha definitiva de perderte
en alguna isla sin nombre.



LA ISLA BLANCA

Como una isla o un sueño,
en medio de la zozobra
de las intemperies oceánicas,
huele a tierra segura
donde no hay tierra,
a árboles frutales
y a hierba fresca.
Su lomo son playas
de arena blanca,
de corales y estrellas
de todos los mares.
Le manan surtidores
de agua dulce
y aves blancas la escoltan
creyendo que es una isla
bajo la luz lunar.
Pero se engañan.
No es isla ni sueño,
tampoco la ballena blanca
que persigues, capitán Ahab.
Lo que crees arponear
sólo es la forma de tu deseo,
la rigurosa extensión del infierno.



LA ISLA DE CALIPSO

¿Aceptarías
si Calipso te ofreciera su hermosura,
el sosiego de la eternidad?

¿Podrías olvidar
el vasto océano de la vida,
el tacto áspero de la realidad
o la aventura?

Ya se sabe que Ulises
declinó la oferta.

También sabemos
que sólo los héroes
-y muchas veces los idiotas-
codician a toda costa la épica.



LA ISLA DE LOS CINOCÉFALOS

Miradme bien.
Soy uno de los vuestros.
No os dejéis engañar
por mi apariencia.
Compartamos la isla
y brindemos juntos,
bebamos de la misma copa,
monstruos del mundo,
mis hermanos.



Olivia

LA ISLA DE NEMO

No bastan veintemil leguas
para huir de los barrotes de la vida
y del recuerdo de una dicha efímera.
Resulta que los océanos
no son lo bastante anchos para perderse
y sólo encuentro islas pertinaces
que rememoran esa dicha.
No existen rincones donde esconderse
y aun en los fondos arenosos
como doblones de oro
persisten los sueños de otro tiempo.
No soy nadie,
por eso, los dioses me condenaron
a vagar por los mares
con la añoranza del pasado.
Casi he perdido
la esperanza de hallar una isla
que me proteja
de la vida y la memoria.



LA ISLA DEL OLVIDO

Existe, sin duda, una isla,
fuera de los libros y los relojes,
que no merezco.
Tan cálido jardín
que el amor y los días felices
se suceden sin batallas ni derrotas.
Pero su precio es demasiado alto.
El goce perpetuo acabaría
llevándome al hastío
y allí sólo estarían invitados
los que alcanzaran la gracia
del olvido, los que entraran desnudos,
sin trajes ni cicatrices,
los que se desprendieran para siempre
de la hojarasca de la memoria.
Ciertamente es una isla que no merezco.
Cómo puede olvidarse el invierno
que te heló la dicha,
la escarcha y las rosas malditas,
la condena de un amor altivo.
Cómo renunciar a la nieve obstinada
del pasado, los días vividos
con tanto ahínco y acogerse
a las nieblas de la amnesia.
Existe, lo sé, una isla que no merezco.
Y no me importa.



LAS ISLAS FELICES

Tienes la certeza
de que son las islas más hermosas,
-quizás las únicas-,
en medio del desierto
pavoroso del océano.
¿Sus dunas y playas encendidas,
las bandadas de aves marinas
cruzando azules sin mancha,
el sol o las tardes inacabables,
los paisajes de los amantes
pueden igualarse a ningún tesoro?
Esta es la patria
que se te ofrece sin esfuerzo,
sin más merecimientos
que la fe en ellas.
Aquí no puede haber lugar
para la mala hierba
del miedo o la angustia del deseo.
Vientos y tempestades las preservan
y ángeles con espadas flamígeras
las protegen de la codicia
y prometen no desterrar
a nadie más de la dicha.
Entonces ¿por qué
esta nostalgia del infierno?



TRINACIA

¿Y si despertaras
y descubrieras con vergüenza
que eres un extraño,
un huésped indeseado
en tu amada isla
y no merecieras
toda su hermosura?

¿Y si Galatea no mintiese
y el mar reflejara
un rostro desconocido,
un ojo abominable
ocupando tu frente?

¿Y si, al fin, Polifemo,
no tuvieras la certidumbre
de ser quien creías ser,
obligado al exilio,
a ocultarte para siempre
en las sombrías cuevas de la isla?